



Sobre teoría y enseñanza de la historia en Venezuela

SUZZARINI B, Manuel

Universidad Católica Cecilio Acosta
posthistoria@unica.edu.ve

Resumen

Presenta este artículo una visión general sobre la enseñanza de la historia en la universidad venezolana, pretende mostrar como hasta ahora esta se efectúa siguiendo patrones europocéntricos que dificultan a los estudiantes venezolanos una aproximación a la teoría de la historia, ya que los autores utilizados muestran ejemplos totalmente desconocidos para nuestros estudiantes en tanto son trabajos pensados sobre y para otras realidades. Asimismo, propone una revisión de la historiografía venezolana que permita elaborar un planteamiento teórico que tenga soporte en ejemplos cercanos a nuestros estudiantes, con lo cual pueda llegarse a una teoría de la historia más cercana a la realidad nacional. Se hace una aproximación a José Gil Fortoul y Laureano Valle- nilla Lanz.

Palabras clave: Teoría de la historia, historiografía, enseñanza de la historia, conciencia histórica, estudiantes de historia.

On the theory and teaching of history in Venezuela

Abstract

This article presents a general view about the development of teaching history in Venezuelan universities. It intends to show how, to the present, this was carried out following Eurocentric patterns that make it difficult for Venezuelan students to approach the theory of history; in teaching history, the authors used examples that were totally unknown to our students, since they were studies that contemplated and were made for other realities. Therefore, this article proposes a revision of

Venezuelan historiography that would allow for creating a theoretical proposal supported with examples that are close to our students and with which a theory of history closer to our national reality could be reached. The approach is based on the work of José Gil Fortoul and Laureano Vallenilla Lanz.

Key words: Teaching theory, historiography, history teaching, historic awareness, history students.

Introducción

Todo comenzó con Heródoto. Fueron los griegos los primeros que se pusieron a reflexionar, a meditar, a buscar una explicación sobre el presente en el cual vivían; fue entonces cuando empezaron a mirar hacia el pasado y en ese mirar se pusieron a indagar, a investigar sobre cómo habían ocurrido las cosas que permitieron que el mundo estuviese en donde estaba en ese momento. Es a partir de entonces cuando el hombre occidental intenta aproximarse a su pasado para reconstruirlo y tratar de entender su presente. Significa, pues, que a partir del momento en que Heródoto se propuso reconstruir el pasado, los hombres iniciaron la sistematización de la búsqueda del conocimiento histórico, la búsqueda de cómo se hizo la realidad.

¿Significa acaso que antes no hubo quien reflexionara sobre el presente y el pasado? No podemos afirmar que nadie lo hiciera, lo que podemos afirmar es que Heródoto fue quien primero mostró sus acciones y ofreció el resultado de éstas en un libro que casi todo el mundo cita y pocos han leído; nos referimos a *Los Nueve Libros de la Historia*. Es muy posible que otros hayan reflexionado sobre asuntos vinculados con el acontecer histórico, más no dejaron el testimonio de tal acción. Incluso los logógrafos, a quienes algunos consideran como los primeros historiadores, no efectuaron planteamientos y reflexiones sobre el conocimiento histórico que arranca de los primeros historiadores griegos, aun cuando ellos dieron pasos que facilitaron a esos primeros historiadores plantearse el problema de la historia, hasta que se manifiesta como disciplina.

...En consecuencia, los logógrafos escriben genealogías, Cronologías, Fundaciones de ciudades, disertaciones etnológico-geográficas (con datos históricos) sobre diversos pueblos. Sólo las guerras médicas, consideradas tan gloriosas como las antiguas leyendas, merecieron el honor de ser relatadas por Heródoto más de cincuenta años después de su fin... (Rodríguez, 1952:217).

Aun cuando sostenida en el tiempo y con mucha actividad por parte de los griegos, y posteriormente los romanos, el desarrollo fue lento. Sin embargo, ello permitió que los políticos de aquel momento se aproximasen a la historia como una forma de conocer no sólo su pasado y su presente, sino también el de los pueblos vecinos con los cuales siempre terminarían aliándose o confrontándose en un mundo que crecía creando y aplacando conflictos, pero siempre imponiendo hegemonía sobre el vecino o el aliado débil. A partir de entonces, la historia como conocimiento empezó a tomar importancia en el hacer del hombre, aun cuando es después de la Ilustración cuando la historia como disciplina se torna en un instrumento útil a los pensadores.

Ahora bien, cuando la historia logra esa importancia de ser una disciplina que adquiere rango para buscar explicación del devenir y de permitir ciertos atisbos a quienes reflexionan sobre el presente y pasado para intentar buscar las tendencias de la historia en tanto proceso, intentar ver hacia dónde va la realidad, estamos ante la presencia de un instrumento que aparentemente tiene un sentido, sólo que nada de lo que avise como posibilidad que puede o no ocurrir. De hecho la historia nos dice cómo hemos vivido y nos explica cómo estamos viviendo, pero de ninguna manera nos puede precisar el futuro, aun cuando ese sea un sueño del historiador.

Todo lo anterior nos obliga de todas maneras a plantearnos el problema de cómo elaborar el conocimiento histórico, lo que nos lleva a introducirnos en el problema del método histórico o simplemente en el problema del método que ha de ilustrar al historiador para la reconstrucción del pasado y la elaboración, a partir de ello, del conocimiento histórico, es decir, de la historiografía.

Por experiencia docente, nos preocupa que en las universidades nacionales donde se enseña Historia, normalmente se recurre para introducir a nuestros estudiantes dentro de la problemática de la comprensión de la historia y del desempeño del oficio de historiador, a textos desvinculados totalmente de nuestra realidad, y ello creemos que se ha venido afirmando y reafirmando desde que se iniciaron esos estudios a nivel universitario en Venezuela. Es así como, cuando escudriñamos sobre la bibliografía utilizada notamos un predominio de textos vinculados más a la realidad europea que a la realidad americana o, más específicamente, a la realidad nacional venezolana.

Cuando afirmamos que todo comenzó con Heródoto, lo hacemos porque efectivamente sucedió así. Fue él quien se propuso el rescate de su realidad histórica plasmándola en una obra historiográfica y para ello hubo de utilizar un método para la reconstrucción y luego elaboración del discurso histórico que le permitiese la presentación de la realidad investigada. Significa que con el primer gran historiador ya se empezó a abordar la cuestión del método y del discurso histórico. Y es que, todo historiador debe enseñar como hizo para reconstruir la realidad que está presentando. Cómo fue que indagó, qué investigó el pasado que le permite presentar la evolución histórica de la sociedad que estudia.

A Heródoto siguieron otros historiadores que también se preocuparon por decirle a sus lectores cómo habían recogido la información que les permitió elaborar sus obras. Así, el hombre fue acumulando experiencias en lo referente a la reconstrucción y elaboración del conocimiento histórico. En nuestras universidades, los estudios de Historia como carrera universitaria son relativamente recientes, apenas aparecen en la segunda mitad del siglo pasado, mientras en Europa el siglo XIX ha sido considerando como el siglo del desarrollo de la disciplina historia. En Venezuela, la preocupación por la historia aparece, a nivel oficial, a finales del XIX cuando se crea la Academia Nacional de la Historia.

La cuestión fundamental que motiva este discurso está vinculado a cómo se abordó el problema de la enseñanza de la historia

en la universidad venezolana cuando los estudios históricos se institucionalizan. Puede afirmarse que así como entramos a la historia universal de la mano de Europa (Soriano, 1999) también nuestros estudios históricos en las instituciones de educación fueron creados pensando en como aplicar los conceptos y métodos europeos, así como la perspectiva histórica de estos a la realidad venezolana. No se pretende con esto descalificar cuanto se ha venido haciendo en ese sentido, sólo se aspira destacarlo y ver cómo es posible que nuestros estudiantes se aproximen a su encuentro con la historia, a nuestra realidad a partir de una perspectiva que nos permita vernos aquí, aun cuando nuestra conciencia histórica tenga mucho de europea, y de hecho así es sólo, que nos quedamos ahí y poco avanzamos en el otro sentido, cómo hacer para abordar nuestra historia, la historia de América, la historia de Venezuela. Es así como en Amazonas, un intento de aproximación a la historia del Amazonas afirmamos:

El problema no puede, por ello, verse desde una óptica eurocéntrica, ni pretende que la historia de los pueblos indígenas sea equivalente o idéntica a lo que los europeos han venido haciendo en su historia proceso. La razón es sencilla, cada pueblo establece las relaciones con su contexto de acuerdo a sus necesidades y a sus posibilidades. Es indudable que el entorno del indígena es totalmente distinto al entorno de quienes pretenden juzgarlos desde afuera; su historia responde a su particularidad y no tiene porque ser expresión negadora de su realidad; por el contrario, en su vida cotidiana se esmera y se esfuerza por lograr una compenetración cada vez mayor con su contexto, lo que le permite obtener beneficios significativos para su vida... (Suzzarini Baloa, 1991:37-38).

Con esto pretendemos sólo plantear el problema de la especificidad de los procesos históricos. Si bien el hombre en general es un ser genérico, tiene sus particularidades que lo hacen construir su historia a su manera y no a la de los otros.

De todo lo anterior se deriva entonces que el mundo indígena construye su cultura de acuerdo a su historia, lo que en defi-

nitiva no es otra cosa que la respuesta social a sus necesidades de pueblo. El hecho de mostrar una cultura distinta a la que trajeron y establecieron los conquistadores y colonizadores... no niega de ninguna manera el valor histórico cultural de los pueblos aborígenes... (Suzzarini Baloa, 1991).

Así, la manera de abordar la elaboración del conocimiento histórico es también un problema que se tiene que ver desde la perspectiva de cada sociedad en la construcción de su historia y en la manera como se relaciona con el mundo. Vale aquí recordar la *Visión de los Vencidos* de Miguel León Portilla (1959) quien presenta una parte de la historia de México distinta a la versión de los conquistadores. Es un testimonio de los vencidos que dista mucho de lo que afirman las historias elaboradas por el conquistador.

Afirmamos así, que se ha avanzado poco en ese sentido y siempre nos vamos a encontrar con una propuesta de bibliografía para nuestros estudiantes universitarios donde predominan la visión europea por sobre la visión americana y venezolana. Claro está, que no pretendemos descalificar lo que se ha venido realizando en la universidad venezolana. Si tuviésemos el tiempo disponible y los investigadores suficientes, podríamos confirmar lo que se palpa cuando se asiste a los congresos de historia en Venezuela: hoy hay una fuerte preocupación por historiar a Venezuela y en general a América desde una perspectiva regional, sin excluir la relación que ha existido y existe con la perspectiva europocéntrica que hemos venido señalando.

Pero aún así, es también cierto que la primera aproximación que se hace sobre teoría de la historia es a través de los historiadores europeos, salvo alguna excepción. Es así como podemos ver una extensa lista de autores que constituyen los clásicos manuales de introducción a la historia y que plantean los problemas fundamentales a los cuales debe aproximarse un historiador en formación, son textos que por lo general abordan los problemas desde una perspectiva europocéntrica, lo cual marca al futuro profesional. Y cuando nos aproximamos a algún manual escrito por autor venezolano o latinoamericano, nos encontramos con que abordan

también los mismos problemas fundamentales, más no se aproximan a intentar presentar una perspectiva para la comprensión de la historia que nos permita enseñar con ejemplos propios de la historia que construimos desde este continente y/o desde la sociedad venezolana. Esos textos que se elaboran desde acá, siendo manuales introductorios, pueden ser utilizados en cualquier universidad del mundo, ya que incluso mantienen ejemplos universales y no regionales. Lo único realmente atractivo se da en el hecho de que son manuales escritos por autores más o menos cercanos a los estudiantes, más no construyen su teoría incluyendo a los pensadores nacionales.

Una lista mínima de autores extranjeros nos permitiría mostrar los clásicos de siempre, con la inclusión de algunos autores recientes o medianamente recientes y otros novedosos que se han incorporado a través de Internet al debate teórico sobre la historia actual, y que permite una reactivación de la influencia europea sobre la formación del historiador latinoamericano y venezolano en particular. Y a veces se pretende que por venir esa teoría o ese método, o si se quiere los temas de otras partes del mundo, donde los estudios históricos se adelantan con mayor patrocinio y financiamiento que en nuestras universidades, constituyen estos la vía correcta que debe ser adoptada por quienes se dedican a los estudios históricos en nuestras latitudes. No podemos olvidar la afirmación que hace muchos años hiciera Germán Carrera Damas en la Introducción de la *Historia de la Historiografía Venezolana*:

...El viejo y nocivo “método” consiste en tomar la más reciente teoría de la historia y entrar con ella a saco en la nuestra, blandiéndola cual arma definitiva y negando toda validez a lo ya existente, no conduce a otra cosa que al descrédito de esa teoría y a la más anticientífica postura, por dogmática. Tras tantos años de cultivar la historia, algo ha fraguado y ese “algo” conviene conocerlo sistemáticamente, pues sobre su base habrán de elevarse los siguientes pisos de nuestra edificación historiográfica (Carrera, Damas, 1961: XVI).

Después de Germán Carrera Damas, desde entonces mucha agua ha corrido bajo el molino y es indudable que se han producido importantes cambios en el hacer historiográfico venezolano. Sin embargo, esos cambios no se han sentido mucho en lo referente a los textos introductorios a la enseñanza de la historia; en algunos casos hemos visto como algunos profesores no van más allá de asignar alguna lectura, a veces ni siquiera vinculada con la teoría de la historia que deben impartir. Estos docentes, impactados a veces por textos políticos polémicos vinculados con su militancia, dedicaron muchos de sus cursos de teoría de la historia a discutir asuntos que no se vinculaban claramente con lo que debían enseñar.

Ahora bien de lo que si estamos concientes es que ingresamos a la historiografía de manos del conquistador, que no significa que entramos a la historia en ese momento, ya que los primeros habitantes de lo que hoy es Venezuela, si bien no tenían historiografía, si tenían historia, la cual de una u otra manera transmitían en su proceso. Tratamos entonces de aproximarnos a una historia que sin deslindar la historia universal, algo imposible, pretende adaptarse a la comprensión de la realidad regional hispanoamericana y a la realidad nacional. Hay sin embargo, que aclarar algunas cosas sobre el concepto de historia y su incidencia actual en la enseñanza de la misma. Al respecto:

Observemos primero que el nombre mismo que se da al conocimiento de la historia ha planteado desde antiguos problemas y necesita hoy, creemos, de algunas puntualizaciones. La palabra historia es objeto de usos anfibológicos de los cuales el más común es su aplicación a dos entidades distintas: una, la realidad de lo histórico, otra, la disciplina que estudia la historia. Prácticamente ningún historiador que haya dedicado unas líneas a comentar los problemas internos de su práctica ha dejado de señalar esta cuestión... (Aróstegui, 2001:19).

Y es lo que se pretende con esta cita donde una palabra como *anfibológicos* se nos plantea para resolver el problema del doble

contenido de la palabra historia, lo cual siempre ha constituido un problema, más para el lector no avisado y para el estudiante que se inicia, que propiamente para el profesional de la historia. Y es que este último se familiariza tanto con la historia, que puede manejarse sin contratiempo dentro de ella, bien sea manejada como *realidad de lo histórico* o como *la disciplina* que la estudia. Claro que el asunto tampoco es extremadamente sencillo, aun cuando tampoco lo es de una complejidad extrema. Pero está ahí, manifestándose en forma permanente como para que sea tomado en cuenta, y bien que lo hacemos iniciando este discurso sobre la historia.

Ahora bien, la realidad histórica está dada, pero ella no es un invento, ella es el producto del hacer de los hombres, quienes en su diario trajinar sobre la realidad actúan de tal manera que construyen y/o modifican constantemente el escenario sobre el cual actúan. En todos los casos, el hombre es protagonista fundamental de lo que hemos venido conociendo como la construcción de la realidad histórica. En principio, su aparición en el mundo –asunto que no intentamos abordar en este artículo - adquiere contenido y sentido históricos cuando él toma conciencia de lo que hace y lo que debe hacer para vivir. Es el momento en que actúa por comprensión y ejercicio de su intelecto, cuando va a darle sentido humano a sus acciones. Y es que a diferencia de los animales, el hombre es capaz de actuar en función de la comprensión del mundo en el cual se desempeña. Así, establece las relaciones necesarias entre él y la naturaleza, entre él y los demás hombres; actúa en el espacio y el tiempo y va humanizando su proceso y humanizando su espacio.

En atención a lo anterior podemos afirmar que el proceso histórico es un ejercicio absolutamente humano. Muchos han venido reflexionando sobre el sentido de la historia, la importancia que la misma tiene en tanto conocimiento de la realidad y su incidencia sobre la misma. Y es que la preocupación por el conocimiento histórico está vinculada directamente con el proceso. Ningún historiador desvincula el conocimiento del pasado con el presente. Me interesa el pasado en su vinculación con el presente y a este lo comprendo en su relación con el pasado. Es por ello que Graciela Soriano en su trabajo “Formas del curso de la historia en Venezue-

la: ¿Historia con sentido o “juego de la oca”? inicia su discurso con un acto de afirmación de este planteamiento.

Pienso, con Croce, que “toda historia es historia contemporánea”. Así reconozco y expreso que mis intereses como historiador arrancan del presente y se explican por él y desde él. Quiere decir que en él y desde él ha gastado unas propias preocupaciones historiográficas. Soy, además, agente de mi propia vida y ello se inserta en Venezuela y en un siglo que ha sido mi circunstancia histórica inmediata... (Soriano, 2006:93).

Imposible ser más claro y preciso que lo que afirma la profesora Graciela Soriano y es que como ya lo afirmaba Heródoto, es la preocupación por el presente lo que nos lleva a indagar en el pasado, a buscar en las huellas la explicación del como ha sido nuestro desempeño para traernos hasta el momento en el cual nos corresponde ser los constructores del proceso. Es por ello que podemos afirmar que muy a pesar de que el historiador indaga en el pasado, su labor esté orientada fundamentalmente a comprender el presente; es como decía Marc Bloch el historiador es un hombre del presente. Lo que se busca es comprender la historia para que el hombre pueda tener una visión, lo más clara posible de cómo lo ha hecho y de cómo puede orientar su acción de acuerdo a lo hecho. De ninguna manera significa que la historia le aporte un recetario para su buen desempeño en el futuro. La historia sólo nos permite ver como lo hemos venido haciendo y ello nos puede permitir sacar algunas orientaciones para ver como no debemos hacerlo más que como debemos hacerlo.

Todo discurso histórico que aborde problemas vinculados al conocimiento histórico en Venezuela, se desarrolla normalmente en un ambiente polémico y de confrontación. Esto, dentro del mundo académico no debe alarmarnos, sin embargo las vivencias que hemos venido teniendo en estos últimos años y los últimos congresos de historia nacional a los cuales hemos asistido, nos dicen que estamos entrando a una fase dentro del desarrollo de la historiografía nacional que tiende a imponer una tendencia en el desa-

rollo de los estudios históricos nacionales en un grupo de historiadores, obediente a las razones de Estado que privan en la Venezuela actual. Esto no es definitivamente nuevo en la sociedad venezolana, pero sí es alarmante en tanto cierra el camino a la confrontación plural y a la confrontación académica, para dar paso a una versión oficial dentro de la historia que sea obediente a la intención del poder.

Por ello es importante revisar la enseñanza de la historia de Venezuela en los tiempos actuales, lo cual implica hacer un seguimiento de cuanto se ha venido trabajando en la historiografía Venezolana oficial y lo que se ha venido utilizando como manuales dentro de la enseñanza de la historia desde que se creó la Academia Nacional de la Historia. No es nada novedoso el tratar de imponer la concepción de la historia dentro de la ciudadanía, ya que desde siempre, o por lo menos desde que el Estado se preocupa por la enseñanza de la historia, ha girado instrucciones e instructivos para que se implementen los programas y las orientaciones que el mismo debe tener. En algunos momentos se han cuestionado estos instructivos, hasta que la sociedad termina aceptándolos, lo que nos dice de una resignación frente al poder del Estado. Hoy, cuando el país vive un conflictivo proceso de cambios que pretende llevarnos hacia modelos distintos a lo que hemos conocido hasta ahora, también estamos en una situación en que el Estado ha desatado políticas de intervención sobre la enseñanza de la historia, porque a través de ella puede implementar la ideología que pretende imponer en la sociedad venezolana. Es el uso de la historia como ideología, la historia como arma al decir de Moreno F (1983). Incluso, en espacios académicos voceros oficiales sostienen la importancia que tiene la historia y el historiador en el avance y consolidación de este proceso, ello ha generado un coro de respuestas de otros historiadores que acusan a los voceros oficiales y al mismo presidente de la república de utilizar la historia para apuntalar posiciones ante la sociedad, para lo cual llegan hasta a tergiversarla.

Trataremos de introducirnos en la de la historiografía venezolana de las manos de Graciela Soriano:

En Venezuela el proceso manifiesta otras características. Si comparamos la circunstancia venezolana con la europea en cuanto a los aspectos que venimos examinando, encontraremos que a principios del siglo XIX no existía ninguna tradición historiográfica de peso ni dentro ni fuera de la universidad. La historia de Venezuela por antonomasia la constituía la conocida *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* de José de Oviedo y Baños, a las que se unían otras obras de carácter diverso y tal vez menos conocidas como las de Gumilla o Cisneros, productos ultramarinos de interés "universal" del siglo XVIII por los asuntos humanos. Sólo hacia 1810 intentaría Andrés Bello un compendio de la historia de Venezuela que formaba parte de la Guía de forasteros en Caracas publicada en esa fecha... (Carrera, y Soriano, 1999: 991).

Nótese que para el siglo XIX sólo existen dos obras importantes para la historiografía venezolana la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* de Oviedo y Baños, la cual fue publicada en 1723 en Madrid, y el compendio de Andrés Bello que aparece en la *Guía de Forasteros en Caracas*, publicada hacia 1810. Estas dos publicaciones nos hablan de momentos realmente significativos en la Historia de Venezuela, por una parte Oviedo y Baños historia cuando la consolidación de la sociedad colonial venezolana es ya una realidad y ella como tal es un factor importante dentro del imperio hispánico, sin que pretendamos asignarle un rol protagónico de primer orden; mientras *Gumilla y El Orinoco Ilustrado* aparece en 1741 y Cisneros en 1764, son momentos que van marcando la importancia de la colonia venezolana para España y al mismo tiempo nos dicen como la Historia de Venezuela y su historiografía van de la mano de España. Mientras, el compendio de Bello aparece cuando ya la sociedad colonial está en plena crisis, en la crisis que la llevaría al deslinde de España. Significa pues, que la historiografía va a aparecer en los momentos en que es necesario explicarse y comprender una realidad histórica determinada, porque así ocurre siempre con la historia, hay momentos en que la versión del proceso se manifiesta a través de la

historiografía porque es necesario que así ocurra. Son los momentos en que la sociedad necesita explicarse su devenir.

Posteriormente, la independencia será un elemento determinante que marcará una ruptura con la historiografía española. Así como entramos a la historiografía universal de la mano de España, cuando rompimos con su imperio también nos separamos de su historiografía. Se presentaba la necesidad de afianzar la emancipación, y la historiografía era buena para ello, la historia se transforma en un instrumento para la pelea, para intensificar la ruptura con España, con la que no se quería en ese momento tener vínculos identitarios. Y aquí se plantea el problema de la historia y su enseñanza vinculada a la conciencia histórica. Al respecto Graciela Soriano afirma:

Una de las grandes dificultades para el desarrollo de nuestra conciencia histórica lo constituyen las deficiencias de la enseñanza de la historia, las cuales merecen tratamiento aparte. Se inscriben dentro de las coordenadas que señalábamos en otra parte de este trabajo (Vida. Supra), pero se agravan por la ausencia visible de restos del pasado que nos hablen por sí mismos de otras épocas; por los enormes defectos y vicios de nuestra historiografía que se expresan en la carencia de buenos manuales para la enseñanza; por las deficiencias no superadas del aprendizaje de la historia como campo propicio a la actividad de aficionados y diletantes que, habiéndolos muy buenos, no siempre están a la altura de los requerimientos de la disciplina (Soriano, 1999: 299).

Vale decir, que uno de los problemas fundamentales de nuestra historia e historiografía, está en las carencias en la enseñanza de la historia. Ello en buena medida obedece a la poca importancia que se le ha dado, precisamente por tener la sociedad una débil conciencia histórica, lo que genera las carencias y así se entra a un círculo vicioso que ratifica la débil conciencia histórica, y que debe romperse sobre la marcha.

Cuando nos proponemos plantear el problema historiográfico venezolano y muy especialmente lo referente a la enseñanza de

la teoría de la historia, lo hacemos a conciencia de estar entrando en un tema muy polémico sobre el cual se debe andar con mucha prudencia. Nuestra preocupación se muestra por todos los señalamientos anteriores, y por el descuido que se ha tenido con relación a la reflexión teórica que muchos historiadores venezolanos han venido realizando desde que aparece la conciencia histórica del venezolano y la necesidad que siente de conocer la historia del país, ya que lo fundamental de la concepción de la historia está en el como el hombre vincula la realidad pasada con su presente, como ese pasado mantiene vigencia en el presente y como el historiador es capaz de presentar ese hecho.

Una concepción de la vida histórica –una concepción historiográfica– es un sistema interpretativo de la realidad extinguida, mediante la cual se afirman ciertos valores que configuran un sistema selectivo. De este modo ciertos elementos de aquella realidad quedan establecidos como fundamentos dentro de la concepción intelectual que la suscita, en tanto que otros se subestiman o simplemente se omiten. Este proceso intelectual se explica por la radical complejidad de la vida histórica –inasible en su totalidad por el espíritu– y supone la posibilidad de que coexistan varias interpretaciones igualmente posible y legítimas como lo ha señalado Raymond Aron en su *Introduction a la philosophie de l'histoire*, todas ellas provenientes de diversas concepciones historiográficas... (Romero, 1952:22).

Y es que la sociedad venezolana en su hacer historiográfico ha venido generando ese sistema interpretativo del que nos habla José Luis Romero, sistema interpretativo que no es monista, que obedece a la pluralidad de quienes han venido construyendo la historiografía venezolana que es a partir de donde enseñamos la historia de Venezuela. Es por ello que:

...es necesario acostumbrarse a pensar que, analizado en su conjunto, el caudal de pensamiento que ofrecen las ciencias históricas nos revela una sucesión –que es yuxtaposición a veces– de concepciones historiográficas relacionadas estre-

chamente con la concepción general del mundo y la vida de que participa el historiador... (Romero, 1952:22).

Al referirse a la vida de que participa el historiador, Romero nos lleva obligatoriamente a la perspectiva del historiador y su vinculación con su contexto histórico, con su vida, y se ha dicho que toda actitud histórica legítima es sobre todo, conciencia de la vida.

Y aquí entramos con mayor claridad a los planteamientos de nuestros historiadores quienes no siempre señalan el método que han de utilizar en su discurso ello porque:

...No siempre tiene un historiador una posición teórica conscientemente tomada y sostenida; y si aún teniéndola puede evadirse circunstancialmente de ella, no puede extrañar que al no tenerla se abra el historiador a toda suerte de sugestiones que provengan de su contorno o de las reminiscencias de su cultura. Hay, en efecto, obras históricas que han sido concebidas al socaire de una determinada concepción, y aun con una intención militante, en tanto que otras la expresan ingenua y circunstancialmente, sólo en la medida en que esa concepción rodea al historiador y lo satura hasta hacer que la traduzca sin proponérselo (Romero, 1952:24).

Y de esto se trata, ver como los historiadores venezolanos se enseñan en su concepción de la historia, en su método, en su hacer historiográfico y como nuestro estudiante puede aproximarse a la teoría y al método histórico a través de esos historiadores que han venido elaborando la historiografía venezolana. De hecho se trata sólo de una muestra y no de todos los historiadores.

En la creencia firme de que a partir del aporte de nuestros historiadores venezolanos podemos elaborar una teoría para la comprensión de la historia de Venezuela, sin que ello impida el auxilio o el uso de otras teorías provenientes de la historiografía universal, hemos asumido la revisión del pensamiento de algunos historiadores nacionales que han reflexionado sobre nuestra historia. En principio nos hemos aproximados a los más recientes, todos del siglo XX, por ser más accesibles en cuanto a la consecución del material bibliográfico que se pudo consultar y por cuanto es mucho

más fácil confrontar lo que aquí se presenta con otros colegas a quienes pueda interesarles el tema en cuestión.

Antes hemos afirmado como nuestra historiografía respondió en su nacimiento, primero a su vinculación con España y nace de la mano de ella, para posteriormente separarse y sobre todo como una acción de deslinde con lo que fue su punto de origen. Así, con la ruptura del nexo colonial la historiografía también rompió con España y vio en esa ruptura una manera de negar todo lo anterior y de reformar el proceso que se había iniciado a partir de 1810, en lo que es sin duda un conflicto entre el yo y el otro. Así la historiografía postemancipadora fue en principio un instrumento para el combate en contra del pasado. Y ello cubrió prácticamente todo el siglo XIX y parte del XX. Sin embargo, a partir de los inicios del XX, la historiografía tomó en general un camino nuevo en tanto se propuso revisar lo hecho hasta ese momento, sin que estemos en presencia de un radical cambio dentro de ella, ya que todavía no se superan las fallas propias de una historiografía poco desarrollada. En un viejo balance de 1961 Germán Carrera Damas refería:

Las características más generales que observamos en la historiografía venezolana son las siguientes: 1) relativa pobreza temática, 2) fuerte carga anecdótica, 3) muy escasa elaboración conceptual e inquietud filosófica, 4) metodología precaria y rudimentaria, 5) tenaz supervivencia de los “grandes nudos historiográficos”, 6) relegación de problemas básicos, 7) casi ninguna atención prestada a cuestiones metodológicas estructurales, 8) lento y tortuoso desarrollo de la crítica, 9) estrecha relación con el poder público, 10) desorbitado culto al héroe, 11) fuerte carga literaria, 12) excepcionales realizaciones aisladas (Carrera Damas, 1961: XXIII).

Sin embargo no podemos afirmar que todo ha sido deficiente, ya que entre las excepcionales realizaciones aisladas aparecen las propuestas de autores como José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz, Ramón Díaz Sánchez, Mario Briceño Iragorry, Mariano Piñón Salas, Cesar Zumeta, Federico Brito Figueroa, Germán Carre-

ra Damas, German Cardozo Galue, Graciela Soriano de García Pe-layo y muchos otros que hoy trajinan sobre la historiografía vene-zolana que son dignos de tomar en cuenta en tanto han interpretado en su obra la conceptualización de la historia al ver la historia de Venezuela. De estos señalados tomaremos una muestra, la cual nos servirá para sostener lo que formulamos en nuestra propuesta de investigación:

Del esfuerzo de estos historiadores que hemos citado –y la lista puede crecer de una manera significativa-, creemos que es posible elaborar una propuesta de teoría de la historia para ser manejada desde una perspectiva venezolana que le permita a nuestros estudiantes universitarios abordar la proble-mática de la Teoría de la Historia desde una visión nacional y confrontarla con la visión del otro que es lo que se ha venido mostrando hasta ahora. Y es que somos firmes creyentes que hemos tenido pensadores que nos pueden permitir con su au-xilio la comprensión del país, y poco esfuerzo hemos hecho por aprovechar esas enseñanzas que andan dispersas y que cada día las abandonamos más... (Proyecto de Investigación, Respon. Suzzarini).

Al inicio del siglo XX, la historiografía venezolana se expre-só con mucha fuerza. Fue José Gil Fortoul quien sacudía a los his-toriadores venezolanos y a la conciencia histórica nacional con la edición de su *Historia Constitucional de Venezuela*. En el encon-tramos a un conocedor del oficio y preocupado por adelantar los estudios de la historia desde nuevas perspectivas que superen las viejas pasiones que se habían insertado en la historiografía vene-zolana y que no permitían que ésta fuese más allá de ser historia pa-tria. EL historiador se preocupa por Venezuela y la ve con pasión venezolana pero con ojo de historiador, que ve en la historia un proceso en permanente revisión, la cual hace por la necesidad que tiene cada generación de ver desde su perspectiva las razones que le expliquen su contemporaneidad. Ve en ella la ciencia y el arte que le permiten capturar, comprender y explicar la evolución his-tórica de la sociedad, la evolución histórica del hombre.

...Ciencia, con los mismos títulos y por iguales razones que las demás ciencias: estudio que allegó materiales minuciosos para clasificarlos, luego describir y compendiar, apuntar hipótesis, hacer conjeturas momentáneas, señalar causas, asentar conclusiones, formular leyes de evolución, sistematizar, revivir el pasado –ambiente, hombres sucesos–, explicar el presente y echar una que otra ojeada al porvenir ¿pretende con todo eso haber descubierto y escrito la verdad? A veces se acierta; otras veces se llega a una verdad que pudiera llamarse, según algunos sabios, provisional, o según otros, verdad cómoda. Y arte, porque no es posible escribir historia legible o duradera sin emplear un estilo que atraiga y captive, que la distinga de la simple crónica de sucesos más o menos encadenados o de la pura colección de documentos. Por ambos motivos la historia no se acaba nunca de escribir, y también porque, en esto como en todo, hay modas: el criterio, el método, la preparación, los puntos de vista, van sucesivamente cambiando tanto que los mismos hechos y los mismos personajes suelen aparecer con aspectos y fisonomía diferentes, según fuere la época y el historiador (Gil Fortoul, 1967:25).

Podemos notar como en esta afirmación nuestro autor aborda ya problemas fundamentales dentro del hacer historiográfico: el historiador aparece como un organizador del conocimiento, que va más allá del cronista y el recolector de información, que está vinculado con su contexto, con su época y desde esa perspectiva ve la historia. Una historia que tiene que explicar para lo cual debe tener un método que implica *apuntar hipótesis* y luego demostrarla, demostrarla además, con un discurso que sea atractivo al lector, por lo que le preocupan los problemas de *un estilo que atraiga y captive*. Y es que el historiador debe ser convincente si pretende ser aceptado por su época, por su generación.

Esta primera aproximación general a la Historia que hace José Gil Fortoul y que nos lo presenta como un pensador de la historia, lo cual se va a expresar con mayor claridad en *El Hombre y la Historia*, obra dedicada a una reflexión sobre la Historia, se complementa con su visión sobre la Historia de Venezuela. Hay en él

dos reflexiones fundamentales sobre la historia venezolana que merecen ser consideradas y discutidas con quienes se están formando como profesores de Historia. La primera reflexión está vinculada directamente a plantear el problema de la incompleta Historia de Venezuela, lo que significa la conciencia de que la misma está por escribirse; y al mismo tiempo plantea otro asunto fundamental el indio como agente histórico, el cual, entiende que es anterior a Venezuela y que fue agredido y *destruido en su mayor parte por el español*, aun cuando posteriormente lo incorpora al proceso nacional cuando afirma:

...En este venezolano, cuyo “tipo” por de contado no es común todavía se mezclan y compenetran razas y mentalidades de origen diferentes. Es descendiente a un tiempo: de indio indómito (de un Guaicaipuro, de un Cuaricurian); de conquistador español de siglo XVI (un Juan de Villegas con su mujer Ana Pacheco) o alemán vasallo de Carlos V (un Federmann, un Hutten); de africano excepcional entre los tristes esclavo de la costa de Guinea (algo así como el Miguel de Buría, pero menos imitador servil de las instituciones de sus amos); inglés compañero de Walter Raleigh y favorito de la Reina Elizabeth; de francés enciclopedista y jacobino del siglo XVIII; y progenitor o precursor de otros hombres representativos en democracias no previstas... (Gil Fortoul, 1967:27).

Aquí queda claramente planteado como el indígena tiene su historia propia anterior al español que le somete y lo destruye en gran medida; que Venezuela nace del proceso posterior a la llegada del conquistador y que el venezolano es un híbrido que resulta de ese proceso, híbrido en el cual el indígena también se incorpora. La historia indígena, según lo plantea José Gil Fortoul no puede reconstruirse con los sobrevivientes de la conquista porque ellos no representan la realidad con la cual se consiguió el conquistador y claramente dice:

...Luego, escribir la historia “pre-colombina”, como alguna vez se ha intentado, sin otra base que la observación de los restos de indios puros que vemos hoy en Guayana y en Goaji-

ra, vale tanto como resignarse, a sabiendas, a formular meras hipótesis; porque estos indios no representan el estado y la evolución social de aquellas tribus relativamente superiores, y ya desaparecidas en su carácter de nación –Caribes, Cumanagotos, Caracas, Teques, Araguas, Caquetíos, Jirajaras, etc-, que cuando llegaron los conquistadores parecían abocadas a la civilización... (Gil Fortoul, 1967:21).

Pero hay más, José Gil Fortoul hace un planteamiento sobre la Historia, la guerra y la paz que se puede considerar como el pensamiento y planteamiento metodológico para el estudio de la historia que lo mantiene como un contemporáneo un siglo después de publicada su Historia Constitucional de Venezuela, y que lo hace en función de explicar luego como la historia es el producto del esfuerzo de toda la sociedad en su permanente actividad creadora, y como por sobre la guerra se imponía la paz, la obra civilizadora de los hombre. Esta manera de ver la historia es lo que lo lleva a afirmar posteriormente como la guerra federal constituyó un tiempo histórico perdido. En este esfuerzo por destacar la importancia de la paz, lo cual es comprensible en un positivista que vive buscando el orden y el progreso inicia su discurso sobre el asunto con un despiadado ataque a Rafael María Baralt. Al respecto dice:

Aún los entendimientos más sagaces se han dejado fascinar por la tragedia de las revoluciones y discordias civiles, en la que abundan acciones heroicas, enredos intrincados y pavorosas catástrofes, y ello hasta desdeña las otras manifestaciones de la existencia nacional. El más ilustre de los historiadores patrios, ilustre por la belleza clásica de su estilo, no vaciló en estampar esta máxima: “los trabajos de la paz no dan materia a la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos” No yo buscaré inspiración en otras fuentes y caminaré por otra senda. Me fijare más en las obras de la inteligencia y en los trabajos de la paz (Gil Fortoul, 1967:22).

Estas son afirmaciones muy pertinentes en un positivista como lo era José Gil Fortoul, por lo que vemos como su Historia Constitucional de Venezuela está orientada a buscar como se cons-

tituyó el país, la nación venezolana. Es esa su intención y por ello se enfrenta a la guerra y al caos que de ella se deriva, lo que un sociólogo contemporáneo llamaría la anomia social, sólo que nuestro autor todavía no maneja esa categoría en su contexto; pero hoy ello forma parte de un vocabulario socio-histórico. Por ello dice a continuación:

En medio de los innumerables combates hubo siempre hombres que pensasen, escribiesen, hablasen y legislasen, y una parte del pueblo cultivó los campos, abrió caminos, trasportó y exportó productos, conservó en suma, los elementos constitutivos de la patria. Es verdad que la obra de la inteligencia, recogido en leyes, escritos y discursos, fue a menudo archivada en olvidadas bibliotecas; pero allí perduró como foco de una aspiración constante a la paz y al progreso. Es cierto que la riqueza acumulada en los paréntesis de sosiego se dispersó y malgastó frecuentemente en mantener ejércitos y en librar fratricidas; pero nunca desapareció, con la riqueza material, el empeño tenaz de los buenos ciudadanos en mejorar las condiciones sociales. Leyes y trabajo fueron al cabo los depositarios de la tradición civilizadora (Gil Fortoul, 1967:22-23).

Ya para finalizar se propone que su Historia Constitucional de Venezuela sea útil e imparcial por cuanto la siente desapasionada porque

...Abrir tribunales de justicia para pronunciar alegatos y dictar sentencias, apasionados los unos y las otras, si es costumbre tal vez incorregible en la diaria disputa política, resulta siempre método estéril en la serena averiguación histórica... (Gil Fortoul, 1967:24).

Otro pensador que incursiona en la historiografía venezolana de inicios del siglo XX es Laureano Vallenilla Lanz. También lo hace con mucha fuerza con un trabajo sobre la evolución histórica de la sociedad venezolana. Sabe ejercer el oficio de historiador, aun cuando su propuesta es extremadamente polémica. Sin embargo, todos los estudiosos del problema lo consideran como un hombre importantísimo en la historiografía venezolana.

Cuando nos referimos a Laureano Vallenilla Lanz, de inmediato nos trasladamos a su obra *Cesarismo Democrático* y en este caso sobre su influencia en el pensamiento histórico venezolano, también vemos hacia *Críticas de sinceridad y exactitud*. En estas obras podemos captar y aprehender sus planteamientos fundamentales sobre el conocimiento histórico y el oficio de historiador. Y puede afirmarse que su propuesta sobre el tema trató de aplicarlo con eficiencia al momento de ejercer el oficio de historiador. En su obra podemos captar cuestiones importantes como las siguientes: 1.- Es sin duda un positivista a conciencia, sus estudios lo aproximan de tal manera a ser un firme defensor del orden y el progreso como cuestiones fundamentales en el desarrollo del hombre. 2.- De ello se deriva su apego al documento, al cual transforma en soporte indispensable para sustentar cualquier información que como historiador maneje en su discurso, nada puede manejarse que no sea demostrable, es por ello que se esmera en plantear los problemas de los documentos que deban ser sometidos a las críticas de sinceridad y exactitud. 3.- Llega a plantearse como en la evolución de la sociedad el hombre va dando pasos que lo llevan a aceptar la necesidad de una fuerza mayor que ordene el desarrollo de la vida del ciudadano. Para ello planteó el modelo del gendarme necesario.

En el primer planteamiento que formulamos sobre Laureano Vallenilla Lanz y el positivismo, lo incluimos dentro de esa corriente del pensamiento universal por acogerse a los principios del mismo, y sobre todo en lo relacionado al orden, la evolución de la sociedad, y las cuestiones relacionadas con la formación de la nación y el Estado. Hay que tener presente, que Vallenilla Lanz se desenvuelve en una sociedad altamente problematizada que no logra pacificarse después de la guerra de emancipación y que apenas con la revolución restauradora se empieza a ver un asomo de paz, constantemente amenazado por la conflictividad que acompaña la gestión del presidente Cipriano Castro en los inicios del siglo XX. De tal manera, que si bien es cierto que el caudillismo había sufrido una derrota, el orden aun no se había posesionado del país. Te-

nía sentido reflexionar sobre la historia y el futuro histórico del país, para ello la filosofía positivista le servía de mucho:

Conviene destacar, sin embargo, que el positivismo, en Europa, fue y sigue siendo una filosofía; lo que en Venezuela se llamó “positivismo” fue, ante todo, un método conveniente de análisis, inmediatamente percibido como tal por una élite que lo adoptó porque ayudaba a contestar ciertas preguntas muy concretas que los miembros de esa élite –Vallenilla Lanz entre ellos– se estaban formulando en torno a Venezuela, a su pasado y a su porvenir. ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Cómo se construye un Estado? ¿Qué define una nación? (Harwich, 1991:XVI).

Son las mismas preguntas que debió formularse José Gil Fortoul y que lo lleva a escribir la Historia Constitucional de Venezuela. Y es que uno de los procesos de reflexión que evidencia en mayor grado el carácter original del pensamiento positivista venezolano es el que atañe a la historia. No sólo porque se trata de una reflexión en torno a la historia de Venezuela, si no porque, en la obra de un Gil Fortoul o de un Vallenilla Lanz, se pone de manifiesto una visión novedosa de la historia, analizada bajo su criterio multidisciplinario de totalidad y no como una simple crónica (Harwich, 1991: XVI).

Y con estos autores el siglo XX venezolano se inicia bajo buenos auspicios, se abre a la polémica, a la confrontación y sobre todo a la revisión. Ya tenemos historiadores que van más allá de la crónica para buscar la explicación de cómo se ha construido la nación venezolana y sus instituciones.

Además, los positivistas desarrollan un fuerte culto por el documento, al cual consideran la única fuente de la verdad y es el segundo punto importante a considerar en Vallenilla Lanz. Sobre ello estaré de acuerdo con algunas observaciones importantes, lo cual hoy no tienen ninguna discusión entre los historiadores y es que todo documento debe ser sometido previamente a un análisis crítico que le de garantía de ser auténtico y de ser veraz y es que si ello no se hace puede dar origen a errores garrafales. Así,

“La afirmación”, escribió Vallenilla varios años después, de que la historia se hace con documentos, aceptada en bloque, ha inducido a errores lamentables. Nada vale en si en un documento si aquel que está llamado a utilizarlo carece de los conocimientos auxiliares necesarios para su examen crítico” El análisis documental es el principio mismo de toda investigación histórica. Y este análisis documental, a su vez, se debe elaborar en base a una doble crítica: la de *sinceridad*, que determina la autenticidad del documento considerado, y la *exactitud*, que examina ya el fondo de información suministrado por el mismo documento. No es mera casualidad de información que, muchos años después, al recopilar una colección de folletos y otros escritos sueltos, Laureano Vallenilla Lanz haya escogido el título de *Críticas de sinceridad y exactitud* como definición genérica (Harwich, 199:XVI-XVII).

Y era que poco se había trabajado en relación a los fondos documentales sobre lo cual había que emprender una tarea sostenida para poder adelantarse en tal sentido.

Y un tercer punto en Vallenilla Lanz, que es lo que mayor polémica ha generado en la historiografía venezolana, está vinculado a su concepción sobre el orden histórico, y la necesidad de un gendarme necesario. Sobre este asunto se ha polemizado mucho en Venezuela, y cada vez que el tema aflora en la vida nacional aflora también la polémica, y hoy el tiempo es propicio para ello.

Si en todos los países y en todos los tiempos –aún en estos modernísimos en que tanto nos ufamamos de haber conquistado para la razón humana una vasta porción del terreno en que antes imperaban en absoluto los instintos– se ha comprobado que por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, existe siempre, como una necesidad fatal “el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz”, es evidente que en casi todas las naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras

etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aun en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior (Vallenilla Lanz, 1991:94).

Esta afirmación de Vallenilla Lanz, lo menos que puede ser es polémica, es una concepción sobre la historia que lo menos que puede sugerirnos es que ve la historia como un proceso en el cual la sociedad debe ser sometida por el autoritarismo que es lo que permite incorporar el orden.

Cualquiera que con espíritu desprevenido lea la historia de Venezuela, encuentra que, aun después de asegurada la independencia, la preservación social no podía de ninguna manera encomendarse a las leyes sino a los caudillos prestigiosos y más temibles, del modo como había sucedido en los campamentos. “En el estado guerrero el ejército es la sociedad movilizada y la sociedad es el ejército en reposo” (Vallenilla Lanz, 1991:94).

Para luego reafirmar:

Cuando se examina la situación de Venezuela después de la guerra cuando se ve que la gran riqueza acumulada, sobre todo, en los últimos setenta años de la Colonia había desaparecido; sobre la clase elevada, los poseedores de la ilustración, de la cultura y de la riqueza habían sucumbido o emigrado, y que el pueblo, la masa de esclavos, de gente de color y de indígenas, se hallaba en plena evolución regresiva por catorce años de aquella guerra asoladora, es fácil explicarse la supremacía, el encumbramiento de los más valientes y de los más temidos (Vallenilla Lanz, 1991:96).

En general, su concepción de la historia implica la presencia de su César que incorpore el orden, ese César lo ve en un principio en Páez luego de finalizada la independencia, quién fue capaz de imponerse sobre el caos que significó la guerra de emancipación. También señala a Monagas, Bermúdez y Urdaneta que con su autoridad lograron aplacar las sublevaciones postemancipadoras.

Un hombre de estas características, con su pensamiento autoritario tenía que lograr buenas relaciones con Gómez, ya que su teoría, si bien es anterior al gomecismo serviría de soporte al autoritarismo del tirano. Por ello es comprensible que aceptase desempeñarse como funcionario, en distintos niveles, del régimen. Además, el tenía plena conciencia de lo que hacía, y ello queda demostrado cuando luego de la muerte de Gómez afirmó:

Mis relaciones con el General Gómez fueron siempre de la más absoluta corrección. Jamás abdiqué de mi condición de hombre decente, ni mucho menos del concepto que me merecían muchos de sus servidores a quienes los histriones que rodeaban al General denigraban al salir de los puestos que ocupaban... Siempre he tenido tan exacta idea de mí mismo que jamás me creí obligado a convertirme en cortesano de Maracay para ganarme el favor del General y alcanzar posiciones que nunca me halagaron. Siempre creí, y lo sigo creyendo, que más me debía el General Gómez a mí que yo a él... Jamás he aspirado a lo que, en Venezuela, se llama altas posiciones, y que, por lo regular, han sido ocupadas por una turba de mediocridades, que desaparecen en la anonimidad una vez que dejan de ser. En lugar de honrarme, he creído siempre que honraría con mi nombre a uno de esos puestos tan anhelados, tan solicitados por los que nada valen sino por el puesto que ocupan (Harwich, 1991:XXIV).

Y es aquí precisamente donde se funden los intereses de los positivistas con el régimen de J. V. Gómez, donde el positivismo aparece a plenitud como una ideología, Es un problema del orden histórico enfrentando al caos.

Referencias bibliográficas

- BLOCH, M. (1967). *Introducción a la historia*. México, FCE.
- BARRACLOUGH, J. (1976). *Introducción a la historia contemporánea*. Madrid Editorial Gredos.
- BALIVAR, E; BARCELÓ, A.;FONTANA L. J y otros (1976). *Hacia una nueva historia*. Madrid, Akal de editores.

- BRICEÑO I. M. (1966). *Obras selectas*. Caracas, edime.
- CARRERA, G. (1961). *Historia de la historiografía venezolana*. Caracas. EBUC.
- CARRERA, G. y SORIANO G. y otros. (2006). *Mitos políticos en las sociedades andinas*. Caracas, Edit Equinoccio. USB.
- CROCE, B. (1955). *Teoría e historia de la historiográfica*. Buenos Aires, Editorial Escuela.
- CARR, E.H. (2003). *¿Qué es la historia?* Barcelona, España, Seix Barral.
- CHILD, G. (1971). *Teoría de la Historia*. Buenos Aires, Editorial Pléyade.
- FONTANA, J. (1982). *Análisis del pasado*. Barcelona, España, Editorial Crítica.
- FONTANA, J. (2001). *La historia de los hombres*. Barcelona, España, Editorial Crítica.
- HALKIN, L. (1968). *Iniciación a la crítica histórica*. Caracas, EBUC, UCV.
- HARWICH, N. (1991). Prólogo en Vallenilla Lanz, L, *Cesarismo Democrático*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- HERÓDOTO (1972). *Los nueve libros de la historia*. Nueva York, USA. Instituto de Estudios Políticos. *12 textos fundamentales de la ciencia política venezolana*. Caracas, Facultad De Ciencias Jurídicas Y Políticas, IEP, UCV, 1999.
- MORENO, M. (1983). *La historia como arma*. Barcelona, Editorial Crítica.
- PICÓN, M. (1983). *Viejos y nuevos mundos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- PICÓN, M. (1976). *Comprensión de Venezuela*. Caracas, Biblioteca Monteávila.
- PORTILLO, M. (1959). *Visión de los vencidos*. México, UNAM.
- RODRIGUEZ, A. F. (1952) *Introducción en Tucídides Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid, Editorial Hernando.
- ROMERO, J. (1952). *De Heródoto a Polibio*. Espasa-Calpe, Argentina, Buenos Aires.

SUZZARINI B, Manuel

SORIANO, G. (1999). *12 textos fundamentales de la ciencia política venezolana*. Instituto de Estudios Políticos. Caracas, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, IEP, UCV.

SUZZARINI, M. (1991). *Amazonas*. Serie Editorial Ornoquíá, Maracaibo.

TUCÍDIDES (1952). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Biblioteca Clásica Hernando, Librería y Casa Editorial Hernando, Madrid.